

El *Quijote*. Literatura e identidad

FRANCISCO GÓMEZ PORRO

Escritor y crítico literario

La consideración de la obra cumbre de Cervantes como un signo de identidad regional es la reivindicación que se expone a continuación. El *Quijote* se nos muestra como el fruto de una tradición cultural que brota de la labor de Alfonso X el Sabio, en su afán por preservar y difundir el saber y de cohesionar la lengua y la tierra castellanas.

Por si fuera poco el lastre de una larga tradición literaria de desprecio hacia lo manchego, hacia lo conquense o lo alcarreño, acreditada desde el Siglo de Oro hasta nuestros días a través de la comedia madrileña, el género chico, Galdós, Pereda, los regeneracionistas, el 98 y buena parte de la literatura del siglo XX, hay que contender en la actualidad con ciertos sectores de nuestra región comprometidos con la educación, la cultura y la política, que prefieren acercarse al *Quijote* con guantes y a La Mancha como si fuera el limbo, que escamotean una *lectura regional* del texto de Cervantes y consideran humillante y poco moderno establecer un nexo entre los personajes y la tierra por la que se mueven.

Por lectura regional entiendo aquella que afecta a la vida del libro inscrita o grabada en la vida del lugar donde se integra la acción, y en la que tanto vale el cotejo de un imaginario y las más de las veces inverosímil trazado de rutas gastronómicas, paisajísticas y culturales —que se justifican por el legítimo deseo de rentabilizar los efectos mediáticos y económicos derivados de ese regalo que Cervantes hizo a los manchegos—, como el estudio

de aquellos aspectos literarios relativos a la vida del libro que nos afectan directamente en cuanto confirmación histórica de un pasado regional común y no exento de esplendor.

La literatura del Reino de Toledo abarca el periodo comprendido entre la aparición de las obras de Alfonso X, donde la lengua actúa como elemento cohesivo de una “patria común” compuesta por cristianos, musulmanes y judíos; hasta la publicación del *Quijote* (...).

Varias décadas han pasado desde que el profesor Manuel Criado de Val denunciara en su *Teoría de Castilla la Nueva* el error reiterado entre filólogos e historiadores de considerar en forma unitaria a las dos Castillas, a pesar de que están bien definidas, tanto en su historia, como en su geografía. La inatacable solidez de sus argumentaciones no ha encontrado detractores confesos, pero tampoco continuadores valientes que exploren las cañadas abiertas por su estudio incomparable sobre la identidad literaria de Castilla la Nueva. Por si fuera poco, su tesis sufrió la absurda deva-

i A fondo

luación derivada de la modificación territorial recogida en la Constitución de 1978 que consagraba el estado autonómico español, en cuyo mapa Castilla la Nueva desaparecía para dar paso a una nueva entidad político administrativa llamada Castilla-La Mancha. Paradójicamente, lo que debería haber servido como soporte teórico para justificar nuestra presencia regional en el contexto de la cultura española, quedó relegado al megalítico entresijo de las bibliotecas universitarias.

Cabe sostener que hasta finales del siglo XVI gran parte de la mejor literatura española la llevan a cabo autores que nacieron o vivieron en las tierras de lo que hoy es Castilla-La Mancha, a la vez que sus obras tienen una acusada procedencia regional castellano-manchega, castellano nueva, o simplemente, central.

Abordar el estudio de la literatura española como un cuerpo unitario -si es que semejante tarea resulta necesaria- requiere admitir la existencia de dos Castillas absolutamente diferenciadas, tanto en el carácter de sus autores como en la elección de sus temas, en el tratamiento y en el lenguaje utilizado. Entre la piadosa dulzura de los poemas compuestos por el maestro Gonzalo de Berceo para atraer la atención de los peregrinos a su monasterio de San Millán y el poema triscador, mestizo, pletórico de vida, sensualidad y crítica social, de Juan Ruiz, media una insalvable distancia de percepciones e intereses. Tampoco se puede situar en la misma línea evolutiva el *Cantar del mío Cid* y *El Lazarillo*, porque son obras radicalmente diferentes en su concepción y en su sentido. No solo están separadas por siglos de avatares históricos decisivos, sino que además el mundo del que provienen y al que se dirigen son antitéticos.

Siguiendo al profesor Criado de Val, la literatura del Reino de Toledo abarca el periodo comprendido entre la aparición de las obras de Alfonso X, donde la lengua actúa como elemento cohesivo de una “patria común” compuesta por cristianos, musulmanes y judíos; hasta la publicación del *Quijote*, en el cual tiene lugar una “síntesis” tan espectacular como asombrosa entre elementos dispares y yuxtapuestos. Se puede afirmar sin temor a mixtificación alguna, que el castellano vulgar y el literario surge de la fusión entre el dialecto cantábrico y el mozárabe toledano y andaluz, y que esta evolución se produce a raíz de la conquista de Toledo, cuando la ciudad se convierte en centro de la organización política establecida por el rey sabio. Del mismo modo cabe sostener que hasta finales del siglo XVI gran parte de la mejor literatura española la llevan a cabo autores que nacieron o vivieron en las tierras de lo que hoy es Castilla-La Mancha, a la vez que sus obras tienen una acusada procedencia regional castellano-manchega, castellano nueva, o simplemente, central.

En el semillero de esta tradición literaria y cultural surge el *Quijote*.

Siete años después de nacer Cervantes en Alcalá de Henares, las prensas de esta ciudad junto a las de Burgos y Amberes publican el *Lazarillo*. Pasados otros siete, Madrid se convierte en residencia permanente de la corte española, lo que fomenta la paulatina despoblación cultural de Toledo y de las tierras comprendidas en su antiguo territorio.

El *Quijote* hay que situarlo entre esa cultura toledana y la que tiene en Madrid su lugar de consolidación a través de la comedia.

Sólo el círculo que se mueve en torno a Lope de Vega, sea como amigo, admirador o discípulo aventajado, tiene entidad cualitativa y numérica suficiente como para despejar cualquier duda sobre

la importancia de esa cultura que encuentra en Toledo su centro de irradiación y en Castilla-La Mancha su territorio de influencia. Con mayor o menor grado de proximidad, todos los miembros de ese círculo son coetáneos de Cervantes. Entre los toledanos destacan Baltasar Elisio de Medinilla, autor de poemas, cartas y obras dramáticas; José de Valdivieso, uno de los mejores poetas a lo divino de la época, Gaspar de Barrionuevo y su hermana Clara de Barrionuevo, ambos autores de comedias, o Martín Chacón, poeta satírico, autor de vejámenes y considerado por Lope heredero de la lira de Garcilaso. En Ciudad Real y su provincia hallamos a Fernando Ballesteros y Saavedra, natural de Villanueva de los Infantes, reputado traductor de la *Eufrosina* del portugués Jorge Ferreira Vasconcelos; o los gramáticos Fray Miguel Sánchez Cejudo y Bartolomé Jiménez Patón, preceptor del conde de Villamediana, o la valdepeñera Ana Castro de Egas, mujer de cierta cultura y menguado estro literario. Entre sus amigos conquenses se cuentan Juan de Piña, escribano del rey y hábil narrador de historias maravillosas, y Fray Alonso Remón, autor de biografías e historiador de la orden de la Merced.

El propio Cervantes recuerda en el *Quijote* a algunos autores nacidos en ese ámbito de influencias castellano-mancheegas, como el toledano Cristobal de Fonseca, autor de la obra *Del amor de Dios* o Luis Gálvez de Montalvo, natural de Guadalajara, a cuya obra *El pastor de Filida* califica de “joya preciosa” en el donoso escrutinio llevado a cabo por el cura y el barbero.

Sin embargo, para dulcificar las siempre fastidiosas enumeraciones imaginemos un puñado de instantes pertenecientes al periodo comprendido entre 1547 y 1616, tiempo en que Cervantes vive y escribe. Imaginemos mejor un solo día compuesto de un puñado de



Alfonso X el Sabio.

viñetas correspondientes a dicho periodo. Un día tan largo como lo permite la coherencia cronológica, aunque no tanto que impida poner lo ocurrido al principio con lo que sucedió al final ni que lo ocurrido después preceda a lo que ocurrió antes. Sólo mediante estos saltos espacio-temporales, comprenderemos que el tiempo de Cervantes es en buena medida el tiempo de una cultura donde Toledo ocupa un lugar central, pero también un canto de cisne que había comenzado con el feroz aplastamiento de la revuelta nacionalista de los comuneros castellanos y continuado cuarenta años más tarde con el traslado de la corte a Madrid.

En la madrugada de ese extenso día, Mateo Alemán cubre a lomos de una acémila el último tramo que le separa de Almadén. Viaja por mandato del Consejo de las Ordenes Militares con el pro-

i A fondo

pósito de recabar informes sobre las condiciones de vida de los galeotes en las minas de mercurio. No lejos de allí, un mozo llamado Bernardo de Balbuena se apresura a ordenar su equipaje antes de abandonar las llanuras de su Valdepeñas natal para viajar a la lejana Nueva España donde le espera su padre. Tiene veintiún años, barba escasa y muchas ilusiones, e ignora que muchos años después, cuando tome la pluma para evocar aquel paisaje de su infancia y de su primera juventud, esas mismas llanuras se llenarán de frondosos vergeles, riachuelos y avechillas. En Alcaraz de la Mancha, Pedro Simón Abril traduce una página de Aristóteles. Sebastián de Covarrubias, maestrescuela de la catedral de Cuenca, recoge una nueva etimología para su *Tesoro de la lengua castellana o española*. En el camino de Toledo, Fray José de Sigüenza se afana en seguir el paso de la recua de arrieros que le conduce a la capital del Tajo para hacer frente a quienes le acusan de menospreciar la teología monástica. Deja atrás la biblioteca del Escorial, donde ha pasado los últimos años concentrado en la ordenación de sus fondos y en la redacción de la vida de San Jerónimo.

En el semillero de esta tradición literaria y cultural surge el *Quijote*.

El día pasa. El sol se encuentra en lo más alto. A través de una grieta abierta en una celda del convento carmelita de Toledo, Juan de la Cruz, discípulo del manchego Juan de Ávila, concentra la mirada en un punto del horizonte, un agujero negro del que surgirá toda una constelación de palabras para nombrar la dicha de la unión del alma con Dios. De las celdas, de los cenobios, de los beaterios, de la contrición y de la duda, surge la prosa mística de la época. En una celda del convento de San Antonio, en Guadalajara, el franciscano de Lagartera,

Fray Juan de los Ángeles, compone una página de su *Lucha espiritual y amorosa entre Dios y el alma*. En la capilla mozárabe de Toledo Alonso Villegas Selvago, sacristán, imagina un lance violento que incluir en su *Comedia selvagia*, notable precursora de las comedias de capa y espada. Fray Luis de León, que permanece en prisión desde 1572, escribe una de sus “obrecillas” en recuerdo de su amigo fallecido, el poeta toledano Juan Almeida.

Agustín de San Ildefonso, natural de El Toboso, Diego de Alarcón, de Albacete, el toledano Alfonso Andrada y otros ilustres desconocidos como la toledana Sor Jerónima de la Asunción, poeta y tratadista, que ejercía la caridad entre las cuerdas de galeotes, recorren los caminos de Dios por rutas toledanas, manchegas, conquenses o alcarreñas, con una pluma en una mano y la cruz en la otra.

Al llegar la noche, tres representantes de ese fin de raza compuesto por familias pertenecientes a la nobleza toledana entran en acción. El toledano Pedro Liñán de Riaza se apresura a sazonar con el abrasivo de la ironía un soneto contra un poeta de la corte, que luego venderá en los mentideros al mejor postor para aplacar su hambre. Todavía pasarán algunos años antes de que su vida disipada, o “aliñanada”, desemboque en la villa toledana de Torrijos, de cuya iglesia del Santísimo Sacramento llegará a ser Capellán Mayor. No lejos de allí, Gonzalo Céspedes y Meneses, émulo de Calixto, salta la tapia de una casona para ver a su amada, como hará más tarde en Sevilla y en Madrid, ciudades donde conocerá por igual los goces donjuanescos y los sinsabores de la cárcel, y en las que beberá las experiencias que luego trasladará a las páginas de su *Poema trágico del español Gerardo*. Entretanto, y a la misma hora, Diego Duque de Estrada se ha sentado a una mesa en una posada para redactar una página más de su biografía, *Vida de don Diego Duque de*



Paisaje manchego.

Estrada, después de haber estafado a una cuadrilla de arrieros que ahora le esperan para darle su merecido.

Todavía quedan algunas luces. Allí, muy lejos, en el otro lado de la Mancha, Francisco de Quevedo, Señor de la Torre de Juan Abad, escribe una aviesa pragmática contra las putas mientras de las callejas oscuras de la villa le llegan las protestas de los campesinos que se niegan a abonar los censos debidos a su condición señorial.

Es en este día numinoso, de clara influencia toledana y repercusión castellano-manchega, en el que brota la obra de Cervantes.

Un libro vivo como el *Quijote* necesita lecturas vivas, que oxigenen el imprescindible trabajo de los especialistas. Y la lectura regional, en clave castellano-manchega, se impone como una necesidad tan legítima como cualquier otra, a condición de no subvertir sus valores de universalidad.

Se trata de entender que la literatura es una herramienta de conocimiento y civilización. Digo literatura, y no poesía, teatro, novela, cuento o ensayo, creaciones irreductibles, autónomas, que se justifican por sí mismas en la medida en que son el fruto de un proceso creativo y en las que cualquier tentativa de intromisión equivale a la adulteración misma de su esencia. La literatura, en cambio, o la historia literaria, no tiene más objeto que reconocer, delimitar y estudiar la organización de una serie de datos relativos a esas obras, explicados, comparados y analizados en su contexto. Es en este sentido en el que una lectura regional de la obra de Cervantes, y no solo del *Quijote*, adquiere una singular trascendencia como herramienta auxiliar de la educación y se convierte en un extraordinario instrumento de divulgación cultural. ●